

rémolos por la consideracion del bien inménso que ella ha producido. Allí verémos que, si es cierto que por ella se ha establecido el error en los países donde reina, también lo es que por ella se ha conservado la verdad en los países donde se encuentra. Por otra parte, este pequeño cuadro del mal que la mujer ha causado y puede causar, lo hemos trazado por el bien de ella misma y por el bien de la Iglesia, para obligar á aquellos á quienes incumbe, á que dediquen toda su atencion á la instruccion religiosa de la mujer, y para mostrar cuánto se debe cuidar de su educacion, á fin de impedir que se convierta en esa levadura funesta de que habla el Evangelio, que es capaz de corromper toda la masa de la sociedad.

§ IV.— El cuidado especial que los más grandes hombres del Cristianismo han tenido de la mujer.— San Pablo, Tertuliano, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Bernardo, San Francisco de Sales y otros muchos tomaron á su cuidado la instruccion de las mujeres.— La necesidad de convertir á la mujer si se quiere convertir al hombre.

Por esta razon todos los grandes hombres del Cristianismo han tenido gran cuidado de la educacion de la mujer. San Pablo, el primero y más sublime intérprete del pensamiento de Jesucristo, como San Juan lo fué de su amor, en todas sus cartas habla de la mujer con un cuidado especial, y se encarga de su instruccion. Él la sigue en sus diversos estados de *virgen*, de *esposa* y de *viuda*, y le enseña las obligaciones que debe cumplir, las virtudes que debe practicar, los escollos que debe evitar, los medios por donde puede santificarse á sí misma y á los demás, y edificar á los fieles en cada uno de esos estados. Él descende á los más minuciosos detalles acerca de lo que la mujer cristiana debe ser en las diversas condiciones en que puede encontrarse. Él tiene cuasi el mismo cuidado y muestra cuasi el mismo celo por la mujer fiel que por el obispo; porque, lo repetimos, la mujer católica es el obispo de la familia; ella debe ser para su familia lo que el obispo debe ser para su iglesia.

El apóstol San Pedro, en su primera carta (cap. III), fija también nuestra atencion sobre la mujer cristiana, y en pocas palabras revela su dignidad y marca sus deberes.

Á imitacion de los apóstoles, el gran obispo y martir San Policarpo, en la carta que dirigió á la Iglesia ántes de ir á sacrificarse por Jesucristo, dió una bella y sólida instruccion relativa á las mujeres; en ella hace ver que, segun su modo de pensar, de la conducta de las mujeres depende en gran parte la edificacion de los fieles y el bien de la Iglesia.

Tertuliano, en medio de las grandes luchas con los filósofos paganos y con los herejes de su tiempo, no se olvidaba de la mujer; él creia que no servía ménos á la causa del Cristianismo y de la Iglesia escribiendo largas é importantes obras para la instruccion de la mujer cristiana, que escribiendo su *Apologética* y sus *Prescripciones*. De él se conservan los tratados siguientes: 1.º DE LA CONDUCTA DE LA MUJER (*De habitu mulieris*); 2.º DE LOS ADORNOS DE LAS MUJERES (*De cultu feminarum*); 3.º DEL VELO DE LAS VIRGENES (*De velandis virginibus*); 4.º DE LA HONESTIDAD (*De pudicitia*); 5.º DE LA UNIDAD DE LAS NUPCIAS (*De monogamia*); 6.º DE LA EXHORTACION Á LA CASTIDAD (*De exhortatione castitatis*); y 7.º Á SU ESPOSA DOS LIBROS (*Ad uxorem libri duo*), que contienen un tratado completo sobre la sumision, la dignidad y los deberes de la mujer cristiana. Estos escritos, tan notables por su fondo como por su forma, y en los que algunas veces el celo está llevado á la exageracion y el raciocinio hasta el error, nos prueban, sin embargo, que, en el concepto de su autor, la mujer lo es todo para la felicidad de la familia, para la edificacion de los fieles y para los progresos del Cristianismo.

Todos saben que el *Pedagogo*, de Clemente de Alejandría, no es otra cosa que el Verbo de Dios hecho Hombre, á quien el autor figura en este escrito instruyendo al hombre, que es su obra predilecta y forma sus delicias. Pues bien; todo el tercer libro de esta bella y sábia obra está consagrado á la instruccion especial de las mujeres que profesan la religion del Evangelio. El autor las llama á la escuela de Jesucristo, y les hace oír de su divina boca las más elevadas lecciones y reglas de conducta para todas las circunstancias de su vida.

San Cipriano, educado en la escuela de Tertuliano, á quien llamaba *el Mártir* (Hieron., *De Script. Ecclesiae*), no daba ménos importancia á la educacion de las mujeres; y al sentimiento de interés y de celo de que estaba animado por la dignidad y la satisfac-

cion de la mujer católica debemos su admirable tratado DE LA DISCIPLINA Y DE LA CONDUCTA DE LAS VÍRGENES (*De disciplina et habitu virginum*), que es una obra maestra de elocuencia, de poesía y de elegancia.

San Ambrosio, cuando fué elegido obispo, no creyó poder principiar mejor la carrera del ministerio apostólico que dirigiéndose á las mujeres. Sus tres libros DE LAS VÍRGENES (*De virginibus*), lo mismo que el DE LAS VIUDAS (*De viduis*), el DE LA EXHORTACION Á LA VIRGINIDAD (*De exhortatione virginitatis*), y su invectiva Á LA VÍRGEN CAIDA (*Ad virginem lapsam*), no son otra cosa que una colección de sermones, con los que aquel gran doctor de la Iglesia principió á evangelizar y á instruir á su pueblo. Parece que se dijo á sí mismo: «Si yo consigo reformar las mujeres, en el mismo hecho habré reformado los hombres; y nada es más propio para la reforma de las mujeres que enseñarles el mérito, la grandeza y la gloria de la castidad y de la virginidad segun el Evangelio. Comencemos, pues, á predicar á las mujeres acerca de la castidad y de la virginidad.» Grande y bello pensamiento, digno de un padre de la Iglesia, que hace tanto honor á su entendimiento, cuya sabiduría nos revela, como á su corazon, cuya pureza virginal nos manifiesta, y que, como veremos despues, fué coronado con el éxito más brillante por la reforma de costumbres de la ciudad de Milan y de toda la Italia.

Habiéndose divulgado en Oriente la noticia de los felices resultados que San Ambrosio habia obtenido en Occidente al dedicarse de una manera especial á la instruccion de las mujeres, San Basilio el Grande se admiró tanto de ello, que no pudo dejar de felicitar á San Ambrosio por medio de unas cartas que manifiestan la más alta estimacion á su buen talento, la más grande veneracion á sus virtudes, y el más vivo afecto hácia su persona. Él le llama el modelo de los obispos, la antorcha más brillante de la Iglesia y la gloria más grande del Cristianismo. Él le manifiesta su deseo ardiente de verle y abrazarle ántes de morir, á fin de coger en su fuente, en su corazon, aquel espíritu de celestial pureza que San Ambrosio habia difundido en sus escritos para la edificacion y la santificacion de las mujeres. San Basilio habia tratado muy particularmente del mismo asunto, así lo manifiesta su apreciable libro DE LA VERDADERA VIRGINIDAD (*De vera virginitate*); así lo manifies-

tan sus *reglas* para la vida religiosa de las mujeres, su celo por multiplicar los establecimientos de las vírgenes, y en fin, sus admirables cartas, dirigidas en su mayor parte á las mujeres, para formar de ellas santas, apóstoles de otras mujeres, y por lo mismo hombres. Pero los brillantes trabajos de San Ambrosio en este género le habian hecho olvidar los suyos. Él no los contaba por nada, ni se saciaba de bendecir á Dios por haber llevado á efecto por medio de otro lo que él habia deseado hacer por sí mismo. Los santos no son envidiosos los unos de los otros; ellos no sienten que el bien se haga por otros, con tal que se haga y que Dios sea glorificado.

San Agustin, esa águila de los doctores, ese gran expositor, ese vengador glorioso de toda la doctrina católica, ese martillo del error, ese apóstol, ese apologista infatigable de la verdad, no se ocupó ménos de las mujeres, con el mismo pensamiento y con las mismas intenciones que San Ambrosio, su padre en la fe, porque de él tenemos los magníficos tratados siguientes: 1.º DE LA SANTA VIRGINIDAD (*De sancta virginitate*); 2.º DE LA SANTA VIUEDAD (*De sancta viuditate*); 3.º DEL BIEN CONYUGAL (*De bono conjugii*); 4.º DE LAS NUPCIAS INCOMPETENTES (*De incompetentibus nuptiis*); 5.º DE LA MUJER CORCOVADA (*De muliere curva*); 6.º DE LA MUJER FUERTE SEGUN LOS PROVERBIOS DE SALOMON (*De muliere forti juxta proverbium Salomonis*), y en fin, el libro DE LOS MATRIMONIOS ADULTERINOS (*De conjugii adulterinis*).

Todos estos escritos respiran el celo ardiente de aquel sublime doctor por la instruccion de la mujer católica, á quien él trata de proteger contra la corrupcion del vicio y contra los extravíos del error. Pero nada prueba tanto la importancia que aquel gran genio de la fe daba á las virtudes y á los buenos ejemplos de las mujeres para la reforma de las costumbres, como su *Carta á Proba*, en el momento en que su nieta, Santa Demetriades, la virgen más bella, más noble, más rica y más espiritual del Imperio romano, renunció al mundo y se consagró á la virginidad, á la humildad y á la pobreza del Evangelio. Esta carta, al mismo tiempo que es un himno á la santa virginidad, es tambien un monumento de gloria para la mujer verdaderamente católica. Lo mismo debe decirse de su *Carta á Felicidad y á Rústica*, que presidian un establecimiento de vírgenes fuera de clausura. Esta carta se llama comunmente *La Re-*

gla de San Agustín, que despues fué aplicada á los hombres áun cuando sólo fué escrita para las mujeres.

Más adelante tendremos ocasion de observar en San Juan Crisóstomo los mismos sentimientos y el mismo celo por la cultura espiritual de las mujeres. Y no podia ser de otra manera, supuesto que en la persona de la feroz Eudoxia, que perseguia á los católicos bajo el nombre de *josefistas*, tenia á la vista el triste espectáculo del mal que puede hacer una mujer sin fe ni costumbres; y por el contrario, veia en las personas de Santa Olimpiades, de Santa Pentadia, de Santa Prócula, y de otras muchas santas y admirables mujeres, á quienes llamaba *mis hijas*, lo mucho que vale la mujer verdaderamente religiosa y honesta para el mantenimiento de la fe y de las costumbres en toda una ciudad.

El mismo San Juan Crisóstomo, lo mismo que San Gregorio el Grande, en sus sábias homilias, no se olvidan jamas de las mujeres, y se dedican con un cuidado especial á corregir sus costumbres, á reprender sus vicios, á condenar sus extravíos, á instruir las, animarlas y á elevarlas á sus propios ojos con los bellos ejemplos de las santas mujeres de la *Biblia* y de la Iglesia, y hacerlas conocer cuán grandes son cuando son cristianas.

Pero ninguno de los antiguos padres se ocupó más de las mujeres que San Jerónimo. Absorto, por sus grandes trabajos en la version y en los comentarios de los libros santos; distraido por sus combates diarios con los herejes y por las consultas que, como al oráculo viviente del mundo cristiano, se le hacian de las tres partes del globo, supo encontrar el tiempo suficiente para formar esa admirable escuela de las mujeres cristianas, conocida en la Iglesia con el nombre de *la escuela de San Jerónimo*, de la que trataremos más adelante, para escribir sus vidas, para ensalzar sus virtudes, para popularizar sus ejemplos, para hacer ver su poder, su influencia y su importancia con respecto á la religion y á las costumbres. En efecto, nada es más á propósito para hacernos conocer lo que vale la mujer cristiana bajo este doble aspecto, que los elocuentes panegíricos que él nos dejó, por ejemplo, de Santa Paula, de Santa Marcela, de Santa Fabiola y de Santa Demetriades, de los que veremos algunos trozos en la segunda parte de esta obra. Al mismo que, como gran pintor, trazaba con rasgos majestuosos y admirables, con mano firme y delicada, con colores brillantes y delicio-

sos, estos magníficos cuadros de las virtudes de las grandes mujeres de aquella hermosa época de la Iglesia, escogió y reunió las flores de los más graves y bellos pensamientos de los libros santos y de la antigüedad cristiana, relativas á la oracion, á la mortificacion, á la piedad, á la pureza y á la caridad; y á ejemplo de San Pablo, ofreció estos misteriosos ramilletes á las hijas de la Iglesia para que adornasen con ellos su casto seno y se recreasen con su celestial aroma. Él siguió tambien á la mujer católica en los diversos estados en que ella puede encontrarse; él le dió las instrucciones más importantes, le trazó las reglas más seguras, y le indicó las prácticas más perfectas, con las cuales pudiese elevarse sobre el mundo y sobre sí misma, perfeccionarse, santificarse y conservarse fiel á Dios y á sus deberes. Así fué como instruyó á la virgen en su famosa carta Á SANTA EUSTOQUIA, DE LA CONSERVACION DE LA VIRGINIDAD (*De virginitate servanda, ad Eusthoquium*); á la viuda, en su carta Á FURIA (*Ad Furiam*), y en su carta Á SANTA SALVINA (*De viuditate, ad Salvinam*), y á la mujer casada y á la buena madre, en su carta Á LETA, SOBRE LA EDUCACION DE SU HIJA (*Ad Letam, de educatione filiae*).

Este último tratado es muy notable por el cuidado especial que San Jerónimo tiene de la educación de la pequeña Paula (este era el nombre de la niña, dichosa en haber tenido por maestro un hombre tan grande y tan santo). Él toma desde la cuna esta pequeña cristiana, y la sigue de año en año hasta el momento en que, segun el voto que habia hecho su santa madre, debia consagrarse solemnemente á Jesucristo. Él indica las primeras palabras que la niña debe deletrear, los primeros discursos que debe oír, las primeras doctrinas que deben imprimirse en su espíritu, y hasta el modo con que debe aprender á leer, con la ayuda de un alfabeto en relieve ó de letras de boj (*buxeis litteris*). Despues señala lo que debe leer en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres cuando sea mayor, lo mismo que las prácticas de religion á que debe acostumbrarse, las personas con quienes debe conversar y aquellas de quienes debe huir; finalmente, ordena todo lo que ella debe hacer y todo lo que debe evitar, para conservar la pureza del alma y la santidad del cuerpo, y para ser una cristiana santa y perfecta, una digna esposa de Jesucristo.

Al leer esta sabia y deliciosa carta no es posible dejar de admi-

rarse al ver que el gran teólogo, el gran intérprete de los libros santos, el gran controversista, el gran doctor de la Iglesia, no se desdén de ocuparse de la educación de una niña en sus más minuciosos detalles. Pero la admiración cesa cuando se recuerda que en el pensamiento de los padres de la Iglesia todo es grande, todo es importante cuando se trata de inspirar á una mujer la santidad y las virtudes del Cristianismo; porque esta mujer puede llegar á ser el origen de una generación cristiana, de una raza de santos por espacio de muchos siglos; puede llegar á ser el apóstol de todo un pueblo. Por otra parte, en la carta sobre la educación de esta joven quiso San Jerónimo dar á la Iglesia un tratado completo de educación de las jóvenes cristianas.

Además de estos tratados tan diferentes y tan preciosos que él compuso para la instrucción de las mujeres, les dirigió ó les dedicó todos sus sabios comentarios sobre los libros santos; y esto con el fin de inspirarles el amor y el gusto por los estudios serios, y de ofrecerles el medio de conocer de una manera profunda la religión cristiana, cuyo conocimiento perfecto sólo se halla en los libros santos, interpretados por los doctores de la Iglesia, en el sentido y en el espíritu de la Iglesia. De modo que puede considerarse á San Jerónimo como el gran apóstol, el maestro y el pedagogo de la mujer según el Evangelio.

En la Edad Media, todos los soberanos pontífices, todos los concilios, todos los doctores y todos los teólogos se ocuparon de las mujeres de una manera especial. Cuasi todos los comentarios de los libros santos y los tratados ascéticos que aparecieron en aquella gran época de fe se escribieron principalmente para las mujeres, aun aquellos en que no se trata de ellas. El grande y magnífico comentario de San Bernardo sobre el *Cantar de los cantares* no parece que fué compuesto para las mujeres, y sin embargo, en él se encuentra la ciencia de la Escritura Santa puesta al alcance de la mujer, el misticismo tal como la mujer, quasi exclusivamente, lo puede sentir y practicar, y las reglas de la vida santa y perfecta de las mujeres. Ved, por ejemplo, cómo habla el doctor *meliflúo* del pudor, que es el más bello adorno de la mujer. «El pudor, dice, es la perla de las costumbres, la vara de la disciplina, la hermana de la continencia, la antorcha que esparce exteriormente los rayos de un alma pura. El pudor, alejando el mal, es la gloria particular de

la conciencia, la guarda de la buena reputación, el decoro de la vida, la silla de la virtud, el verdadero título de elogio de la naturaleza humana. Porque ese color de rosa que el pudor esparce en las mejillas, da al rostro un atractivo admirable, una gracia especial (1).» ¡Oh, cuán dulces y cuán elocuentes son estas palabras! No se podía expresar ni pintar mejor el valor, la belleza y los encantos del pudor, para inspirar á las mujeres amor á él. Toda esta admirable obra está llena de trozos del mismo género, de la misma dulzura y de la misma fuerza, y que evidentemente se dirigen á las mujeres.

En estos últimos tiempos, tres grandes santos, San Cayetano, San Ignacio y San Carlos Borromeo, animados del mismo celo y del mismo espíritu, se han encontrado en este mismo pensamiento. El modo más á propósito para reformar las costumbres del pueblo cristiano es el de introducir en él la frecuencia de los sacramentos de la confesión y de la comunión. Todos tres han trabajado para conseguir este fin, y lo han conseguido. Pero para conseguirlo han tenido que atraer ante todo á las mujeres á estas grandes prácticas del Cristianismo, ocupándose, con preferencia á todo, de la reforma de las mujeres.

Animado San Francisco de Sales del mismo pensamiento, siguió por el mismo camino. Su incomparable *Tratado de la vida devota*, que le coloca en el primer lugar entre los escritores ascéticos y los verdaderos reformadores del pueblo de Jesucristo, se dirige especialmente á la mujer, y parece que no tiene otro objeto que indicar á la mujer que vive en el siglo, un camino tan fácil como seguro, *facile et tutum iter* (*Brev. Rom.*), por el que pueda llegar á la mayor altura de la santidad y de la perfección cristiana. Lo mismo debe decirse de los libros de sus admirables cartas, que no son tan leídas ni conocidas como merecen serlo; dirigidas quasi todas á las mujeres, como la mayor parte de las de Fenelon, no son otra cosa sino unos pequeños tratados sobre todos los deberes, sobre todas las virtudes y prácticas del Cristianismo perfecto, para uso de las

(1) «Verecundia est gemma morum, virga disciplinæ, soror continentia, lampas pudicæ mentis, expunctrix malorum, specialis conscientia gloria, fama custos, vita decus, virtutis sedes, naturæ laus. Rubor ipse genarum, quem forte invexerit pudor, quantum gratia et decoris suffuso afferre vultui solet.» (Serm. 86 in *Cant.*)

mujeres. Este gran apóstol de la devoción comprendía muy bien que el modo más eficaz de hacer germinar la verdadera devoción, esta hermosa flor del Evangelio, en los terrenos pantanosos del mundo, es plantándola primero en el corazón de la mujer; porque ella no puede ser sólida y sinceramente devota sin hacer que el hombre lo sea también. La piedad y el pudor de la mujer cristiana son prodigiosamente fecundos para el bien, así como su impiedad y su desenvoltura son horriblemente contagiosas para el mal. Convertid á la mujer, y con esto sólo habréis hecho andar al hombre las tres cuartas partes del camino de su conversión. Pero mientras que la mujer esté sin religión y sin costumbres, mientras que no tenga más que una religión vacilante, una piedad fantástica, unas costumbres sospechosas, unos afectos frívolos y una conducta ligera, no esperéis, á pesar de vuestro celo, ver al hombre con fe, respetando las costumbres y practicando la religión.

§ V. — Efectos funestos causados en los hombres, por la ignorancia de la religión, por la incredulidad y por el libertinaje de las mujeres, en ciertos países católicos. — Digresión sobre la *ley del domingo*. — Principios naturales en que está fundada. — Escándalo de su violación. — El Gobierno no tiene poder para hacerla cesar. — Este es un negocio municipal. — El bienestar temporal de los pueblos depende de esta ley. — Imposibilidad de hacer que observen los hombres la ley del domingo cuando la violan las mujeres. — La vecindad. — Ella no puede ser conducida á la religión sino por medio de las mujeres.

Ved, por ejemplo, lo que sucede en ciertos países, otras veces tan católicos. Si el Catolicismo se ha conservado en ellos, está muy lejos de hallarse floreciente. En ciertas ciudades de este mismo país (doloroso es decirlo), á excepción de cierto número de personas, los sabios, los letrados y el pueblo son cuasi extraños á él; apenas una décima parte de los vecinos de esas ciudades profesan la fe como deben, y practican la religión. En las cercanías de esas mismas ciudades sucede todavía peor: hay algunas parroquias rurales en las que apenas diez personas oyen misa el domingo y comulgan por Pascua, y en las que pasan sin sacerdotes, no sólo durante la vida, sino también á la hora de la muerte. Mas estos escándalos, tan lamentables en el presente y tan terribles para el porvenir, tie-

nen todos una misma causa, y es, que en tales poblaciones las mujeres principales son, por lo general, demasiado ligeras, y las mujeres del pueblo demasiado ignorantes. Con mucha frecuencia se oye decir á tales mujeres que aunque creen en Dios, no creen que Dios envíe á nadie á los infiernos ni pueda ser ofendido por las flaquezas del hombre. Por lo demás, tienen una ignorancia profunda y una indiferencia completa respecto á todo lo que es cristiano. De este modo se comprende cuál será la moral de esas pobres gentes con una religión como la suya, y lo que serán los hombres que viven en compañía de tales mujeres.

Al ver esa multitud de lo que se llama *mujeres entretenidas* mostrarse al público con una desenvoltura desconocida aun en los países infieles, y llevando en triunfo el libertinaje y el adulterio; al ver el anhelo, ó por mejor decir, el furor con que las mujeres del pueblo buscan los goces materiales, se apresuran á gozar de una voluptuosidad fugitiva y recorren las diversiones, los pasatiempos y los placeres, parece que se halla el hombre entre esos impíos de que hablan los libros santos, que dominados por la desesperación de todo bien en lo futuro, y por el presentimiento de su castigo próximo en el presente, se animaban mutuamente á gozar de los momentos que les restaban, con estas horribles palabras: «El tiempo de la vida es corto y está lleno de amarguras, y nadie nos asegura que el hombre debe esperar otra vida mejor después de la muerte, porque nadie ha vuelto de los infiernos. Nacidos de la nada, acabaremos en la nada, y seremos como si no hubiésemos sido. Nuestro cuerpo se convertirá en ceniza, y nuestro espíritu se disipará como un leve vapor. Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes; apresurémonos, como hacen los jóvenes, á hacer que todas las criaturas sirvan á nuestros goces. Coronémonos de rosas antes que se marchiten. No haya pradera que nuestra lujuria no visite, y todos, corruptores y corrompidos, auxiliémonos mutuamente en nuestros placeres. Oprimamos al justo pobre, no perdonemos á la viuda, no respetemos la vejez; que la justicia sea para nosotros la fuerza. Vamos, pues, comamos y bebamos, porque mañana moriremos (1).»

(1) « Exiguum, et cum tædio est tempus vitæ nostræ, et non est refrigerium in fine hominis, et non est qui agnitus sit reversus ab inferis: quia ex nihilo nati sumus, et post hoc erimus tanquam si non fuerimus..... Cinis erit